
TIEMPO DE MEMORIA

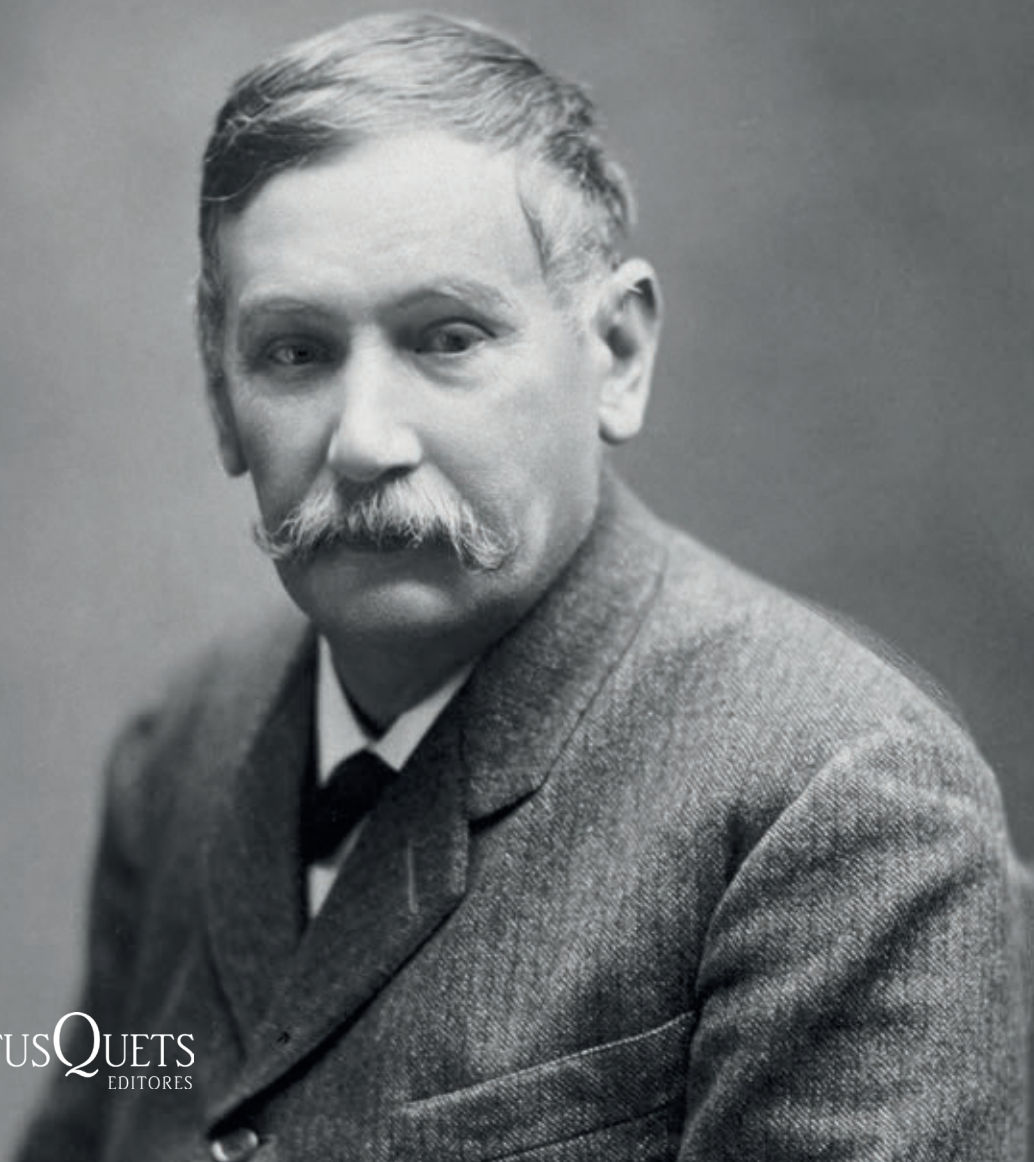
Yolanda Arencibia

GALDÓS

Una biografía

XXXII PREMIO COMILLAS

TUSQUETS
EDITORES



YOLANDA ARENCIBIA
GALDÓS
Una biografía

1.ª edición: junio de 2020

© Yolanda Arencibia Santana, 2020

El Premio Comillas ha sido patrocinado por el Fondo Antonio López Lamadrid constituido en la Fundación José Manuel Lara

**FONDO ANTONIO
LÓPEZ LAMADRID**
DE APOYO A LA CREACIÓN LITERARIA

Créditos de las imágenes: el editor hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para localizar y recabar la autorización de los propietarios del copyright de las imágenes que ilustran esta obra, manifiesta la reserva de los derechos de la misma y expresa su disposición a rectificar cualquier error u omisión en futuras ediciones.

Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-802-3
Depósito legal: B. 6.773-2020
Fotocomposición: David Pablo
Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S.L.
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Agradecimientos.....	11
Prólogo.....	15
1. El hijo menor de aquella familia (1843-1862).....	23
2. Nuevos horizontes (1862-1865).....	55
3. «En aquella época fecunda de grandes sucesos políticos» (1865-1868).....	77
4. «Menguado, despabilate, ihan matado a Prim!» (1869-1872)	107
5. Los <i>Episodios Nacionales</i> . Primeras series (1873-1879).....	137
6. Sociedad y novela (1876-1878).....	167
7. De Madrid y Santander (1873-1879).....	183
8. «Mi segunda manera de novelar» (1880-1882).....	205
9. «Hallábame yo por entonces en la plenitud de la fiebre novelesca» (1882-1885).....	237
10. <i>Fortunata y Jacinta</i> en su contexto (1886-1889).....	271
11. «El frenesí de emborronar papel» o experimentos literarios (1889-1891).....	313
12. «Fue esta una noche solemne, inolvidable para mí» (1891- 1893).....	353
13. Desconciertos y literatura (1894-1896).....	407
14. «Cuando veáis que algo acaba, decid que algo empieza» (1897-1899).....	435
15. Tiempos de apoteosis (1900-1902).....	493
16. La madurez activa (1903-1906).....	549
17. «Abandono los caminos llanos y me lanzo a la cuesta pe- nosa» (1906-1908).....	617
18. El republicano y su literatura (1909-1911).....	663
19. Finales en utopía (1912-1914).....	699
20. Con los ojos cerrados (1915-1918).....	733
Epílogo (1919-1920).....	759

Apéndices	
Notas.	765
Bibliografía	825
Índice onomástico.	851
<i>[Ilustraciones].</i>	<i>[480-481] y [672-673]</i>

El hijo menor de aquella familia

1906-1908

Las Palmas de 1843 • La familia Pérez Galdós: los Pérez de Valsequillo y los Galdós de Azcoitia • Benito, el menor de los hermanos • La infancia: «episodios personales» • Interludio sentimental • El bachiller Benito Pérez • El arte: vocación y herramienta • Bosquejos literarios: periodismo, teatro y novela • El primer amor

¿Que de dónde soy?... ¡Pero hombre!..., si eso lo sabe todo el mundo. ¡De Las Palmas!

J. Carretero Novillo, 1914

Benito Pérez Galdós vino al mundo el miércoles 10 de mayo de 1843 en Las Palmas, la capital de la isla de Gran Canaria, la más poblada de la provincia canaria cuya capital era Santa Cruz de Tenerife. Por aquellos años, Las Palmas resultaba una urbe tranquila y recoleta que vivía al son marcado por las campanas de sus muchas iglesias y conventos, pero que contaba con una élite culta e inquieta que demandaba progreso y mejoras sociales urgentes. De ahí, la construcción de un primer teatro ciudadano, el Cairasco de Figueroa que se inauguró el 1 de enero de 1845. De ahí, la promoción de periódicos locales como vehículo para unir la opinión pública (el primero que logró vivir un año salió en 1851). De ahí, —y destacado— la fundación del Gabinete Literario (1844), una sociedad nacida para aglutinar los esfuerzos en pro de las mejoras «útiles y provechosas» que la sociedad demandaba y de cuyas iniciativas pudo beneficiarse la generación de Galdós: la formación de una biblioteca nutrida y abundante en publicaciones extranjeras (como era el origen de muchos de sus socios); la creación de un «grupo de teatro» que acercaba a los jóvenes al arte; la fundación de una Sociedad Filarmónica y de una banda de música, y la creación del Colegio de San Agustín, que destacaría siempre por el alto nivel de sus enseñanzas y que fue el que formó a Galdós.

Nació Galdós en el domicilio familiar de la calle de Cano, situada

en pleno barrio de Triana, centro neurálgico de la actividad ciudadana de Las Palmas de entonces. Fue el último de los diez hijos de Dolores Galdós Medina (1800-1887) y Sebastián Pérez Macías (1784-1871), quienes formaban una familia de clase media acomodada, sencilla, laboriosa y de sólidas convicciones religiosas y morales, que se ajustaba al canon de la sociedad a la que pertenecía: provinciana y conservadora que vivía tiempos de inquietudes y de desafíos.

Los Pérez Macías procedían de la zona canaria de Valsequillo y eran agricultores y militares medianamente acomodados. Los Galdós Medina tenían distinta procedencia; era él —Domingo Galdós Alcorta— alavés de Azcoitia afianzado en Las Palmas poco después de 1770, y ella —Concepción Medina Domínguez— una canaria que vivía en la capital, activos trabajadores ambos. El recién nacido, que se llamará Benito María de los Dolores, habrá de caer como agua de mayo entre la grey infantil de la casa y centrará en su persona los cuidados de todos. No solo lo mimarán los mayores (la tía Carmen y los padres), sino el total de sus hermanos y hermanas: por orden cronológico, Domingo, Soledad, Sebastián, Tomasa, Carmen, Concha, Ignacio, Dolores y Manuela.

Uno tras otros fueron naciendo los hijos, hasta diez. Al décimo, que también había de ser el último, se le puso el nombre de Benito.

Pérez Vidal, 1952, pág. 58

El 29 de septiembre de 1823, don Sebastián Pérez Macías casó en la parroquia de los Remedios —San Francisco de Asís— con doña M.^a Dolores Galdós y Medina. Ella tenía veintitrés años; él, treinta y nueve. La madre de la novia y la hermana mayor, Carmen Galdós —que no tomó estado—, vivieron con el nuevo matrimonio hasta sus muertes respectivas, en 1834 y 1871.

El matrimonio instalaría su domicilio en la calle de Cano, situada en pleno barrio de Triana de la capital grancanaria, una vía estrecha con pavimento de cantos rodados, alumbrada por la noche con tenues faroles de aceite. La casa, propiedad del novio, estaba organizada en dos plantas con patio interior y amplia azotea. Era antigua y necesitaba adecuación y reparaciones que se llevaron a cabo tras la boda; es posible que por ello los jóvenes esposos siguieran viviendo unos tres meses en el domicilio de la madre de la novia.

Según todas las noticias, el hogar que vio crecer al escritor futuro era tranquilo y ordenado. Dominaban allí a la vez la calidez de los afectos y el rigor, el sentido del orden y hasta la severidad de la madre de familia, doña Dolores, de quien se ha dicho que marcaba el ritmo familiar con determinación, que no transigía con devaneos más o menos serios y que dominaba a sus hijos con solo una mirada. Doña Dolores, educada en la tradicionalidad más estricta, ha dejado fama de dama escrupulosa, de extrema religiosidad, de personalidad estrictamente rígida y severa, amante de imponer sus criterios. Subraya Berkowitz (1933, págs. 2 y 7) que la dama, distante y reservada, educó a sus hijos en la norma de no exteriorizar nunca los sentimientos íntimos, y que esa «fidelidad a la tradición familiar» pudo ser el origen de la característica del Galdós futuro de no ceder al exhibicionismo emocional. Efectivamente, buen discípulo fue el joven en la práctica esmerada de ese secretismo familiar severo. Añadamos que esa actitud es norma general en el isleño, tal vez por la conciencia de vivir en un sitio cerrado donde todo se sabe y se comenta.

El retrato visual del matrimonio Pérez-Galdós —según los descendientes del siglo xx— presenta a una doña Dolores muy aseada y pulcra, voluntariosa, seria y vigilante siempre, y a un don Sebastián benévolo, dulce y sereno, sumamente honrado y generoso, cumplidor, leal, amable y algo distante, enredado siempre con mil papeles en el pequeño despacho de la planta baja de la vivienda. Un matriarcado, pues, en donde el señor Pérez ocupaba un lugar aparentemente secundario. Nada extraña es esa práctica en las Canarias —el matriarcado, e incluso el llamar a su esposo por el apellido o tratarlo de señor— por la circunstancia habitual de la ausencia de los maridos (emigración, faenas pesqueras...) y por la mucha diferencia de edad que solía haber entre los esposos. Debió de ser don Sebastián hombre sosegado y tranquilo que, ocupado en sus quehaceres, dejaba hacer a su esposa. Es una actitud, de nuevo, habitual en los padres de familia tradicionales de la época: abandonar el mando familiar en apariencia, reservándose siempre la última palabra.

La sintonía entre los hermanos Pérez Galdós fue total, desde el principio incommovible de la defensa de la unidad familiar y el respeto estricto a los mayores. Debió de reinar en la casa el buen ambiente propio de la conjunción de muchos hermanos. Los padres poseían regular cultura y un pasado familiar de historias atractivas que gustaban de relatar a la prole: tanto el padre respecto a la guerra «española», como la madre con las biografías de tantos hermanos distantes y aventureros.

[Me mimaron] muchísimo: ¡como era el menor!
El Bachiller Corchuelo, 1910

El menor de los hermanos, Benito María de los Dolores (Benitín, se le diría de pequeño), acaparará la atención de todos. Crecerá como un niño debilucho, callado, observador y tímido. La mayor de las hermanas, Soledad, será para el pequeño como una segunda madre (lo declarará el propio Galdós al recibir la noticia de su muerte, en 1910). Concha vivirá con Benito en Madrid casi toda la vida, al igual que Carmen desde que los asuntos familiares se lo permitan. Sebastián marchará a Cuba muy joven e Ignacio será su compañero de juegos de infancia y cursará su carrera militar en Madrid. El resto de las hermanas, Tomasa, Lolita y Manuela, quedaron siempre en la casa, no tomaron estado, mostraron especial cariño por los hermanos ausentes y serían las encargadas de preparar los envíos de productos de las islas para los desayunos y postres de los residentes en Madrid. Domingo, el hermano mayor, mostrará predilección particular por el pequeño Benito desde que, con la distancia de sus diecinueve años, asumió la responsabilidad de apadrinarlo en la parroquia cercana de San Francisco dos días después de su nacimiento (años más tarde será también su padrino de confirmación).¹ Benito lo llamará siempre «padrino», como era habitual, una denominación que haría extensiva a la que sería su cuñada, Magdalena Hurtado.

[En Las Palmas] hice mis primeros estudios. La primera escuela en que estudié fue de un inglés. Allí aprendí la lengua de Shakespeare. Yo me he criado en un medio inglés...

E. González Fiol, 1910, pág. 45

El niño mimado que fue Benito conoció la primera «amiga» ciudadana (se llamaba así a los espacios semiescolares que acogían a los más pequeños) muy cerca de su domicilio: fue la escolita de doña Luisa Bolt, una afable señora de origen inglés que llevaría la mano del pequeño en el trazo de los primeros palotes y le abriría la mente a descubrimientos elementales de la lengua de Shakespeare. Doña

Luisa debió tomar especial cariño al benjamín de los Pérez. Y el sentimiento debió ser recíproco, porque la dama regaló al pequeño un sencillo crucifijo que, colocado sobre artística peana, presidió el dormitorio del escritor en Santander y hoy se conserva en el recreado por el Museo de Las Palmas. La colonia inglesa que conoció don Benito en su juventud grancanaria fue amplia y de marcada influencia social, de ahí lo del «medio inglés» de sus declaraciones. Por testimonios diversos sabemos hoy que siempre le atrajo esa lengua y que nunca dejó de estudiarla; pero no parece que llegara a dominarla.²

Debió de ser sosegada y feliz la infancia del pequeño Benito, que iba empezando a andar por la vida con los ojos y la mente bien abiertos a impresiones y sucesos. Era un niño tranquilo que se entretenía dibujando, coloreando, recortando monigotes y jugando con ellos. Le gustaba reunir soldaditos conjuntados en pequeños ejércitos; sin duda, comenzó a expandir su imaginación bélica escuchando de labios de su padre, con lógico orgullo, las hazañas propias y del tío Domingo en «la guerra contra el francés».³ Otro de sus juegos favoritos consistía en construir y vestir altaritos que adornaba con estampas e imágenes de santos, pegar sus imágenes en las paredes y organizar procesiones por toda la casa: era lo que tenía más cercano, sin duda. En el futuro demostrará el gusto por la liturgia en su aspecto artístico. Sin duda, a doña Dolores le complacía tal afición seudorreligiosa, pues acariciaba la idea de tener un hijo sacerdote que emulara a los tíos (Domingo, por los Pérez, y Pedro, por los Galdós). Igualmente, Benito gustaba de jugar con barquitos en las orillas del mar cercano, como hará el futuro Gabriel Araceli de *Trafalgar* en la playa gaditana de La Caleta: «echar barquitos», decían los niños. Lo recordará el Galdós de 1917 ante su paisano Juan Carló:

—Juanito, ¿todavía se forma aquel charco grande en el barranco?

—Sí, señor.

—Allí iba yo con mi hermano Ignacio a echar barquitos (Ruiz de la Serna-Cruz Quintana, pág. 458).

Cuando hubo de recibir los estudios primarios, pasó Benito a otro colegio algo más alejado: el de las «niñas» de Mesa, doña Belén y doña Bernarda (la sociedad insular llamaba «niñas» a toda mujer soltera), situado en la antigua calle de la Carnicería, en donde se asentaba el mercado y menudeaban artesanos varios y tipos pintorescos, en pleno bullicio popular. Para llegar a la escuela, el pequeño

debía cruzar el barranco que dividía los dos barrios de la ciudad. Cuando no llevaba agua, podía hacerlo por la parte más próxima al mar, que quedaba más cerca de su casa; pero si no, había que atravesar un puente de madera y albañilería, más cercano a la catedral. Llegaba el jovencito al colegio llevado de la mano de la criada de casa, quien ha dejado doble huella en la biografía galdosiana: primero, como novia de un *roncote* llamado Pepe Chirino, a quien el habilidoso dibujante que era Benitín hizo un recorte de caricatura cuyo parecido con el original causó admiración; y segundo, como víctima inocente de la severidad de doña Dolores por atreverse a celebrar ruidosamente su regocijo ante la noticia del homenaje a su hijo el novelista en 1883.⁴

Con las niñas de Mesa, Benito se preparó para cursar estudios secundarios. Seguía siendo delgado y empezaba a ser larguirucho. Era silencioso, pero amante de lecturas de acción y coleccionaba estampas que intercambiaba con niños de la escuela. «—¿Cuáles fueron sus primeras lecturas? De niño, el *Quijote* y las novelas de Fernández y González y Dumas. (...) ¿Colecciones? (...) Tuve [de estampas] una colección muy grande y variada (...) Era la mejor del colegio... Yo entonces me figuraba que tenía un tesoro» (González Fiol, pág. 47). Las colecciones de cromos y estampas de santos serán también «entretenimiento favorito» de aquel debilucho Luisito Cadalso que protagonizará *Miau* en 1888. «En una de las estampitas que su padre le había traído, estaba Dios representado en el acto de fabricar el mundo» (*Miau*, t. 12, págs. 522-523).

Como subsiste indeleble hasta la vejez la señal de la viruela en los que han padecido esta cruel enfermedad, así subsistió en la complexión psicológica de Ángel Guerra la huella de aquel inmenso trastorno.

Ángel Guerra

Indelebles quedan las huellas de la infancia en las personas, advierte el narrador que el Galdós maduro inventará, casi treinta años después, para presentar a Ángel Guerra, el personaje que tanto se le parece. Así es.

En estos años primeros del niño Galdós sucedieron algunos hechos que alterarán la tranquilidad ciudadana y familiar, impactando,

sin duda, en la sensibilidad del pequeño, que aprendía a empaparse del haz y el envés de los sucesos del día a día.

Fueron para él «episodios personales» que le marcarían, por orden cronológico, la llegada de los «indianos», la epidemia de cólera, la efervescencia política y sus fastos, y el despertar de los sentimientos perennes.

Oíd y temblad. Mi hermano, mi único hermano, aquel que a los veintidós años se embarcó para las Antillas en busca de fortuna, me anunció su propósito de regresar a España trayendo toda la familia.

El amigo Manso

Con apenas tres años, en 1846, el pequeño Benito hubo de notar la conmoción familiar de la marcha a Cuba de su hermano y padrino Domingo, que había ingresado en la milicia respondiendo así a la tradición familiar. Pero aquella tristeza tendría contrapartida alegre en su regreso, que la familia pudo celebrar en marzo de 1850.

No estaban bien las cosas en Cuba. No soportaba bien aquel clima la salud algo delicada del emigrado y tampoco era firme su vocación militar que ejercía como oficial del ejército español en la zona de Trinidad, en el centro de la isla.

Volvió, pues, Domingo a Las Palmas con novedades importantes: abandonaba para siempre la milicia y regresaba, para quedarse, con una esposa cubana, Magdalena Hurtado de Mendoza y Tate, joven dama de poco más de veinte años y buena posición social, con quien se había casado en 1848 (fue el padrino de la boda su tío José M.^a Galdós y Medina, el hermano preferido de su madre). Acompañaban a la joven pareja otros familiares: un hermano de Magdalena algo más joven, José Hermenegildo; la madre de ambos, una dama de procedencia norteamericana llamada Adriana Tate, y una hija de esta señora de apenas ocho años llamada M.^a Josefa Washington («Sisita» por nombre familiar). Magdalena y José Hermenegildo eran hijos de un segundo matrimonio de Adriana (que enviudó dos veces), y la pequeña Sisita había nacido de una relación de esta señora con el citado José M.^a Galdós Medina, convirtiéndose así para los mayores en una hermanastra sobrevenida a quienes todos querían.

La sociedad grancanaria estaba habituada a la llegada de extranje-

ros de todo tipo, muchos de ellos «indianos» (se llamaba así a los emigrantes que volvían de América; hoy, casi ha desaparecido la figura y la palabra), cuyo pergeño y hábitos se aceptaban sin mayor problema aunque sin dejar de despertar curiosidad. Los cubanos que llegaban eran percibidos como propios, pues casi todas las familias tenían alguna rama en aquella isla. Así debieron ser recibidos los Hurtado de Mendoza-Tate, que se incorporaban a una familia tradicional y respetada. Sin embargo, no fue tan sencillo el asunto, como opinan aún hoy los descendientes canarios de la familia recordando testimonios orales de sus mayores. Magdalena, como joven esposa de Domingo Pérez y de clase alta con dinero, sería bien acogida, respetada y hasta admirada por aquella sociedad pequeña y cerrada; tal vez también sería algo envidiada. Pero Adriana («la Tate», pronunciado a la española) debió de notar el rechazo social soterrado que mereció su personalidad poco convencional, que no hacía ascos al coñac ni al cigarro, y a quien acompañaba una hija cuyo origen intentaba ocultarse, cuestión imposible en la ciudad pequeña. No es difícil imaginar cómo reaccionaría la severidad estricta de Dolores Galdós, la matriarca respetada, ante tan feo asunto del que era actor principal uno de sus propios hermanos, el destacado abogado en Trinidad de Cuba.

Don Sebastián Pérez había agrandado la casa familiar en 1849. Sin embargo, se hacía pequeña para familia tan numerosa. Magdalena y Domingo se trasladaron pronto a un domicilio propio en la vecina calle de Triana; e igualmente lo hicieron, en su momento, el matrimonio formado por José Hermenegildo Hurtado de Mendoza y Carmen Pérez Galdós, que matrimoniaron en 1851. Al parecer, Adriana Tate y su hija pequeña residieron, más que en la ciudad, en una finca que compraron los cubanos (La Matanza, la llamaron) no muy alejada de la familiar del Monte Lentiscal, la amplia propiedad campesina que los Pérez Macías recibieron como pago a sus servicios de guerra «contra el francés», un lugar llamado a ser muy importante para toda la familia y en especial para Benito. Cuando Adriana y su hija estaban en la ciudad, vivían en la casa de Hermenegildo y Carmen, también en la cercana calle de Triana.

No: el cólera no es un castigo de Dios. Aún somos bastante buenos para merecer un diluvio o un incendio como Sodoma.

Galdós, *La Nación*, n.º 37, 15-10-1865

Las islas son terrenos expuestos a recibir epidemias, que suelen llegar a través de embarcaciones con problemas de higiene. Son espacios cerrados que dificultan la huida de la posible agresión, y territorios dependientes y condenados al desabastecimiento ante una posible cuarentena o cierre de los accesos marítimos. Es posible que el niño Benito Pérez Galdós no llegara a saber del impacto de la epidemia de fiebre amarilla que sufrió la isla cuando era él muy pequeño, en 1847. Pero sin duda sí que conoció la tragedia de la epidemia del cólera morbo de 1851.

Fue esta última la pandemia más devastadora sufrida por Gran Canaria. El cólera había llegado en un barco procedente de Cuba que portaba algunos enfermos del mal y cuyos enseres fueron dados a lavar en la isla: la lavandera murió de forma fulminante. Era el 23 de mayo. Empezó atacando a los pobladores de los riscos aledaños de San José y San Roque, y se expandió rápidamente por toda la ciudad. Y al fallar los intentos de cerrar los caminos al campo, se extendió al resto de la isla, atacando con saña a la población campesina que vivía en deplorables condiciones sanitarias y que —en su mayoría, analfabeta— veía en el cólera el castigo de un Dios cruel. Las gentes sabían muy poco del mal, solo que era mortal y muy contagioso. La Junta Provincial de Sanidad constituyó grupos de voluntarios y divulgó en bandos urgentes medidas higiénicas elementales que el «sálvese quien pueda» extremo de la población acató como pudo. En menos de un mes, el cólera dejó seis mil muertos, y la agricultura y el comercio arruinados. A partir de julio el mal fue retrocediendo, pero las precauciones persistieron. En septiembre ya había pasado lo peor. El 16 de noviembre se pudo cantar el tedeum en la catedral y se celebró la procesión del Corpus, que el azote había obligado a suspender en junio.

Se inició entonces la recuperación, que fue lenta y trabajosa, pues la isla permaneció cerrada al tráfico y aislada de cualquier auxilio de la provincia durante seis meses. El Consejo de Ministros presidido por J. Bravo Murillo (1803-1873) intervino para obligar al gobernador civil de la provincia, Antonio Halleg, a interrumpir el aislamiento. En agosto la reina Isabel II dispuso medidas tendentes a paliar los males derivados de la epidemia, como el aplazamiento de los pagos de impuestos, el apoyo a las obras públicas de la isla y la creación de establecimientos para albergar y socorrer a los huérfanos.

Sebastián Pérez se adelantó al momento álgido de la alarma, logrando desplazar a toda la prole familiar a la casa aislada de la finca

de Los Lirios, el centro del Monte Lentiscal: agua pura, ambiente saludable, comida rústica y sana... La vivienda no era grande, pero suficiente. Tenía suelos de madera de tea, mosaicos y cantería en la zona baja, techos a dos aguas con vigas vistas de madera, alcobas en la parte alta con balcón abierto por la galería superior... Muy cerca, alpendre, granero y cuarto de enseres... Alrededor, campos abiertos plantados de vides, hortalizas, frutales, cercados de papas con setos vegetales o muros de piedra, y con vistas extraordinarias de la zona. El desplazamiento desde la ciudad era corto (unas tres leguas), pero molesto, porque para llevar enseres y personas no se contaba con otro vehículo que la caballería. Valió la pena, porque los Pérez Galdós lograron escapar de la epidemia sin bajas personales.

En aquel aislamiento privilegiado, el pequeño de la casa (ocho años tímidos) dibujaba, recortaba siluetas, organizaba desfiles militares..., hasta —dice la tradición familiar— se las arregló con el ganchillo para confeccionar una manta. Fue sin embargo la obra más celebrada del pequeño Benito una construcción de armoniosa arquitectura: la maqueta de una villa de apariencia medieval y gótica asentada sobre un promontorio rodeado de río, poblado de casas, torre con espadaña y coronado por un castillo. Los materiales eran madera, piedrecillas, barro, corcho, papel y cartón, cristalitos... Todo ello pegado con resina de los pinos cercanos. Esa manufactura es uno de los tesoros que conserva hoy la casa familiar del Monte Lentiscal, con tanta admiración como respeto.

Mientras el niño callado y atento se entretenía con sus construcciones, llegarían a sus oídos las conversaciones de los mayores sobre la tragedia que se cernía sobre la isla. ¡Tanto muerto! ¡Tanto dolor! Guardaría para siempre ese desamparo, porque el escritor demostrará ser en extremo sensible a las epidemias. Al cólera que azotó Madrid (no solo esa ciudad) en 1861, Galdós dedicó cinco «Crónicas de Madrid» del periódico *La Nación* (1865-1868) y, además, será motivo central de la narración *Una industria que vive de la muerte*, que apareció en las crónicas n.ºs 46 y 48 de 1865 —que veremos—, y en la que el «espíritu en un estado de conmoción profunda» del narrador inventado consigue traducir en música el martilleo tétrico de un constructor de ataúdes.⁵ Plagas de cólera cobrarán protagonismo en las páginas de *Un faccioso más y algunos frailes menos* (1879), y lo revisará Galdós en el *Cronicón* (1883-1884) que publicó Alberto Ghirardo en 1925.

Al ver aquella multitud, su imaginación, abatida y exánime desde la singular escena del café, volvió a remontarse tomando su acostumbrado vuelo. Allí estaba reunido un pueblo, dispuesto a una gran manifestación.

La Fontana de Oro, t. 1, pág. 192

Todo no habían de ser males. Pasados los nubarrones de la cruel epidemia grancanaria (y tal vez a consecuencia de las simpatías que su desgracia había suscitado en la Corte), en marzo de 1852 llegó a la isla la alegría del decreto que aprobaba la ansiada división provincial. Por fin, Gran Canaria se convertía en capital de provincia independiente de Santa Cruz de Tenerife. Trajo el documento de la buena nueva el capitán del velero *Joven Temerario*, que fue recibido con las mayores muestras de satisfacción.

El hecho se vio celebrado con entusiasmo. Mereció himnos, valses y marchas propias orquestadas por músicos interesantes, como Eufemiano Jurado (¿1811?-1884), autor de un *Vals de la división*, y el músico e intelectual Agustín Millares Torres (1826-1896), que redactó la relación de los festejos y compuso marchas «que ejecutó la banda durante los bailes y serenatas», según consignó en su *Diario* inédito (El dato, en P. Schlueter, pág. 22). El niño Benito pudo vivir la alegría que manifestaban los mayores de la casa y comprobar el alborozo de las gentes durante el desfile de carrozas con profusión de *papabuevos*, *nanos* y caballitos de cartón, por la calle mayor de Triana, tan cercana a su domicilio. Igualmente pudo disfrutar de las sesiones musicales de la banda y de la orquesta en la cercana plaza de la Alameda. Se organizaron bailes para la juventud en el Gabinete Literario a los que, tal vez —si lo permitió su madre—, pudieron acudir las hermanas mayores acompañadas de los varones de la familia.

Confiaban los grancanarios en el progreso inminente que la división traería consigo: así lo afirmaba *El Porvenir de Canarias*, aquel primer periódico que empezó a publicarse y que abanderaba el polifacético Millares Torres. Experiencia festiva y sin duda impactante hubo de ser para el observador Benitín el descubrimiento del sentimiento popular cuando la política exalta los ánimos. Perviven esos recuerdos en el Galdós maduro que confiesa al Bachiller Corchuelo su opinión: «¡Ah! Diga usted que soy partidario de la división de las Canarias. Cuando yo era chico ya hubo allí jaleo por lo de la Divi-

sión. Es un pleito antiguo que los Gobiernos habrán de resolver pronto y en el sentido que pide el pueblo. Si no, es posible que tengan que sentir...».

Solo un año duraría la alegría de 1852, pues el Decreto de la División será derogado en ese plazo. Varias veces más habría una división efímera (1854, 1856), hasta la duradera de 1927.

Las celebraciones públicas de abril de 1852 conectaron casi con las dedicadas en julio a otro hecho jubiloso: el Decreto de Ley de Puertos Francos promulgado por el ministro Bravo Murillo (1803-1873), que establecía reducciones aduaneras para los puertos canarios y los abría al exterior. De nuevo hubo explosiones de alegría: organización de bailes en el Gabinete Literario, y muestras de alborozo y alboroto en las calles de la ciudad. De nuevo, la sensibilidad del pequeño que observaba a la multitud desde la esquina de la calle cercana agarrado muy fuertemente a la mano de la fiel Catalina, se imbuiría de aquellas expresiones de alegría popular.

Muchas algazaras populares imaginadas poblarán las páginas futuras de la novela galdosiana histórica y de la social. Extensísimo sería enumerarlas. Valga el recuerdo de la primera de ellas, la que vio nacer el joven Lázaro en el párrafo inventado que sirve de introducción a este epígrafe, y que le hizo pensar «aquí falta una voz».

Por entonces, salió del Convento de las Descalzas de San Ildefonso (...) la joven Dolores Macías Sánchez.

Ruiz de la Serna-Cruz Quintana, pág. 206

Recordemos también un incidente más de la infancia de Benito, esta vez, de contenido sentimental y afectivo.

Guardan aún los descendientes de los Pérez que residen en el municipio de Valsequillo la talla de un Cristo de artística factura cuya procedencia explican como regalo de un jovencísimo Benito a su prima Dolores Macías, de quien se había enamorado cuando esta, ligada al convento de las Descalzas de San Ildefonso, permaneció un tiempo como novicia en casa de los Pérez-Galdós. Era práctica normal derivada de los problemas de desplazamiento, que las familias del campo vivieran con los parientes de la ciudad cuando algo las retenía allí. Lo que no parece tan normal es hablar de un enamoramiento, por la distancia de años que existía entre la «pareja» (once

años él, veinte ella). Pero sí que lo es entender el arrobo que pudo sentir el niño sensible hacia la prima «esposa de Cristo». Con gusto la acompañaba al convento, en donde era agasajado con primor por las monjitas con dulces y besos.

La madre, Dolores Galdós, habría recogido en su casa con alegría a esta sobrina por parte de su esposo. Y, tal vez complacida por la constancia del fervor del pequeño, compraría la talla religiosa para que este la regalara a «la santa» de su admiración.

No era baladí el asunto de una vocación religiosa incipiente en el jovencito. Sebastián Pérez, sin duda animado por su esposa, llegó a indagar la cuestión a través, precisamente, de su sobrina Lolita Macías; pero interrogado directamente, el precoz razonador demostró tener las ideas claras, pues respondió que no quería ser cura, porque «para serlo malo es preferible no serlo» (cito a Ruiz de la Serna-Cruz Quintana, pág. 170).

No es difícil imaginar cuánto agradecerían estas visitas al convento al niño de exaltada imaginación, que disfrutaría de aquel ambiente y contemplaría en su prima la encarnación del misticismo que le acercaba a la emoción de la liturgia. Es posible que el recuerdo de la prima monja, envuelto en la ternura de los de infancia, aflorara a la mente del futuro creador de tantas religiosas atractivas y poco convencionales. Poblarán su obra monjas de muy distinta condición. Las habrá ejemplares, o casi, como la Leré de *Ángel Guerra*, audaces como la sor Simona del drama de su nombre, o despabiladas como la Angustias-Esperanza que cayó sobre Diego Ansúrez en *La vuelta al mundo en la Numancia*, o la monja Marcela de *La campaña del Maestrazgo...* Habrá religiosas menos ejemplares pero muy verosímiles, como sor Teodora de Aransis o la artera Domiciana de las series tercera y cuarta de Episodios, respectivamente. Imprescindible había de ser la presencia de la monja en el realismo galdosiano. Demostró atraerle esa figura, y admirarla en cierto modo. Demostró atracción sobre todo por las Hermanas de la Caridad y su labor humanitaria. ¿Recordaría el papel ejemplar que tuvieron en la epidemia de cólera de 1851? Las crónicas señalan que se contó con quince de ellas incondicionalmente desde los primeros momentos, y casi se vio como milagroso el que no muriera ninguna. Alaba Galdós a las monjas caritativas en las primeras novelas (en *La desheredada*, en *El amigo Manso...*, y sirven de referencia a Guillermina Pacheco, el doble de doña Ernestina Pacheco y Villegas en *Fortunata y Jacinta...*); y continúa exaltándolas en las monjas que pueblan las novelas de los noventa (*Ángel Guerra*) y en el teatro (en *Amor y ciencia*, en *Pedro Minio...*). Al parecer —lo afirma Marañón—

una monja real fue el amor frustrado de su sobrino José M. Hurtado de Mendoza, el solterón «don Pepino» que acompañó siempre al escritor. Volveremos al tema.

También estuve en un colegio, de San Agustín se llama. Subsiste todavía en el mismo local. Era de un señor que fue diputado. En este colegio estudié la segunda enseñanza.

E. González Fiol, pág. 45

Ingresará Benito Pérez Galdós en aquel Colegio de San Agustín abierto en Las Palmas por iniciativa del Gabinete Literario, consolidada ya su enseñanza. Benito era ya un muchacho, y por primera vez iba a ser alumno interno.

El modelo organizativo de este colegio era vertical y se actuaba siempre en pro de una pedagogía en que el orden y la disciplina eran rigurosos en todos los estamentos, aunque recomendándose ambientes de armonía y de cordialidad.

Las enseñanzas del Colegio de San Agustín se organizaban siguiendo los planes de estudio nacionales, orientándolos con extraordinario sentido práctico y amplitud de miras. En su filosofía de base residían sólidos principios religiosos, desde la base del progreso y la liberalidad de las ideas. Los profesores eran seleccionados entre los más prestigiosos profesionales ejercientes de la ciudad, y se procuraba que fuesen a la vez entusiastas y desinteresados económicamente. Había entre ellos profesionales laicos y no pocos sacerdotes; entre todos representaban todas las tendencias ideológicas: hubo librepensadores, anticlericales, krausistas, ilustrados en la línea clásica, católicos tradicionales y severos... Del conjunto había de salir un particular espíritu de tolerancia y una defensa del ejercicio de la crítica, aunque acatando y cumpliendo con los preceptos religiosos y sus prácticas. El colegio contaba con una buena biblioteca propia (procedente en gran parte de la personal de los distintos profesores) y los colegiales tenían acceso a la del Gabinete Literario.

En ese Colegio de San Agustín ingresó el joven Benito para cursar su bachillerato en el curso 1857-1858; y allí permaneció hasta el 1861-1862, en que lo concluyó. Obtuvo el grado en el Instituto Provincial de La Laguna (Tenerife) el 6 de septiembre de 1862. El expediente académico que conserva ese instituto demuestra que fue Galdós, en

efecto, «un bachiller aplicadito» —como él mismo se declaró— con muchos sobresalientes y «notablemente aprobado» en sus años colegiales, y con «aprobado con un voto de sobresaliente» y «aprobado por unanimidad» en el examen de grado. El título de bachiller correspondiente le fue expedido en 1866, firmado por el rector de la Universidad de Sevilla, a cuyo distrito universitario pertenecía el Instituto Provincial lagunero.

Todas las fuentes biográficas dibujan al colegial Benito Pérez como joven callado, curioso y observador, aunque de apariencia distraída. La falta de atención en las clases, la tendencia a dibujar o mirar a las musarañas cuando debería estar estudiando, y las posturas distorsionadas e incorrectas que adoptaba en su asiento chocaban con la severidad disciplinar de la escuela y merecieron más de una vez la llamada de atención de los celosos vigilantes. Se conserva un oficio del colegio (enero de 1860) con amonestación severa al colegial Benito Pérez por «estar pintando un barco o un mojigato [es decir, un monigote o dibujo ridículo o caricaturesco] [como] el día anterior que pasó largo tiempo en arreglar y repintar otro». Sus compañeros admiraban la facilidad del distraído Benito para superar airosamente las pruebas sin, en apariencia, haber estudiado lo suficiente.

En la escuela contó Pérez Galdós con maestros destacados llamados a ser sus primeros admiradores futuros. Alguno llegó, incluso, a ser colaborador del propio discípulo; es el caso de Teófilo Martínez de Escobar (1833-1912), joven profesor de retórica y poética en el colegio, un destacado krausista que más tarde fue catedrático de Metafísica en la Universidad de La Habana. Conviene apuntar que este profesor era un presbítero de poco más de treinta años que pertenecía a una familia grancanaria de destacados hombres de letras y cuyo padre, Bartolomé Martínez de Escobar, jurisconsulto, historiador y poeta, mantenía en su casa una tertulia acreditada como el principal foco de irradiación cultural de la isla en la primera mitad del siglo XIX. Era Teófilo el segundo de tres hermanos ilustres: Emiliano y Amaranto, los otros. Como ellos, fue Teófilo alumno directo en el seminario de un tertuliano destacado, el doctoral heterodoxo Graciliano Afonso (1775-1861), traductor, teórico de la literatura y poeta vinculado al movimiento romántico en Canarias e Hispanoamérica. Siendo diputado por Canarias en el trienio liberal, Afonso votó la incapacitación de Fernando VII, lo que le costó la condena a muerte y, derivado de ello, el exilio voluntario en Cumaná, Puerto Rico y Trinidad de Barlovento. Amnistiado, regresaría a Canarias en 1838 con una atractiva publicación de poesía anacreóntica bajo el brazo y unas ideas libera-

les muy arraigadas. Reintegrado a su plaza en la catedral, don Graciliano no abandonó la enseñanza ni la escritura. Impartió clases en el Colegio de San Agustín, tenía lugar destacado en la tertulia de los Martínez de Escobar, y todos los Martínez se consideraron alumnos suyos. No fue el doctoral Afonso maestro directo del joven Benito, pero sí hubo de llegarle la impronta de esa recia personalidad que flotaba en la intelectualidad de aquella Gran Canaria que aspiraba a modernizar su destino. Veremos que Teófilo Martínez de Escobar conservó algunos manuscritos del Galdós joven que acabó depositando en El Museo Canario en 1902, en un legajo que llamó «Juveniles destellos del eminente literato D. Benito Pérez Galdós».

—¡Ah! Diga usted que el latín lo aprendí muy bien.

E. González Fiol, pág. 46

En estos importantes años de su formación canaria, entre las paredes del Colegio de San Agustín, Benito va a recibir lecciones de matemáticas, de retórica, de griego, de filosofía moral, de música, de latín, de historia... Y junto a la formación académica, va a aprender de sus maestros, educación integral humana y humanística, lecciones de liberalidad y de transigencia, y lecciones ilustradas de interés por la expansión de la educación y de la cultura a todos los niveles. Fuera de las aulas, Benito iba descubriendo la vida por su cuenta en las zonas más populares de la ciudad, en sus alledaños y en los pueblos, acopiando inconscientemente materiales futuros. Los alrededores del mercado (la ya citada calle de la Carnicería) con su paisanaje variopinto de vendedores fijos o ambulantes y trajineros, debieron atraer sobremanera al muchacho curioso. Igualmente, los riscos de San José, San Nicolás o San Juan que rodean la ciudad y eran sede tradicional de artesanos y menestrales. Berkowitz ha hablado de las visitas del joven Benito a su «amigo» el zapatero maestro Juan, y el interés por su persona y profesión. Con motivo de la muerte de Galdós, el poeta y prosista canario Alonso Quesada (1886-1925) publicó en la prensa una evocación de su propio abuelo, sastre de profesión, que recordaba las visitas diarias a su taller del futuro bachiller Benito, con un libro bajo el brazo: «Siempre, cuando iba o venía del colegio, Benito Pérez entraba en mi sastrería. ¡Quién lo había de decir...!».⁶

¿Qué entretenimientos o recreos eran sus predilectos? —La música y el dibujo.

E. González Fiol, pág. 45

La música y el dibujo fueron, en efecto, las artes para el recreo que siempre prefirió.

La inclinación musical era asunto de familia y de cercanía ciudadana. Eran habituales las sesiones musicales en el patio familiar. Al menos dos de los hermanos, Domingo y Manuela, recibieron lecciones de solfeo y piano con un acreditado profesor local, Daniel Imbert.

Pudiera haber recibido Benito clases particulares del mismo profesor; pero no hay constancia de ello. Sí que tomó lecciones de música en el Colegio de San Agustín, en donde las impartía don Agustín Millares Torres, director de la orquesta local y músico experto. En Madrid, años más tarde, se apuntó a clases de piano, y adquirió un piano y un armonio, instrumentos que tocaban su sobrino José María y él, como veremos.

No era extraño el gusto por la música en el ambiente melómano de la sociedad grancanaria, que contaba con la tradición espléndida de los músicos de la capilla antigua de la catedral y con profesionales integrados en la Sociedad Filarmónica, que organizaba conciertos semanales en la Alameda cercana y que ofrecía en su teatro sesiones de ópera y zarzuela con voces acreditadas. A esos conciertos acudirían los Galdós, lo que alentaría la sensibilidad musical del hermano menor, además de irle procurando los conocimientos sólidos que demostrará en un futuro no lejano cuando haya de cubrir las «Crónicas musicales» para *La Nación*, en la «Revista Musical» o en «Revista de la Semana».

Igualmente, Galdós demostró inclinación precoz por el dibujo y la pintura. Más que mera afición juvenil, el cultivo de estas artes respondía a un interés vocacional que le acompañará toda la vida. Desde la infancia, mostró poseer habilidades poco comunes que pudo reforzar en el taller del artista escultor Silvestre Bello (1806-1854), muchos de cuyos vaciados de escayola sirvieron de modelo al joven Benito para su reproducción al carboncillo. Pudo aprender de otros pintores, como del primer Massieu, o del discípulo de Madrazo, Ponce de León (1812-1880) o de los alumnos de la malograda retratista doña Pilar de Lugo y Eduardo (1820-1851). Tempranamente se interesará en el óleo y la acuarela, y descubrirá la utilidad del lápiz como instrumento para

expresar opiniones y para caricaturizar parodiando, con toques de burla o de sarcasmo. Con los años, iluminará Galdós sus manuscritos con dibujos espontáneos, diseñará muebles o espacios para la vivienda o la escena, y obsequiará con cuadros propios a muchos de sus amigos. Siempre gustará de dibujar monigotes y barquillos.

Conserva hoy su Casa-Museo de Las Palmas numerosas muestras de cuadros o dibujos galdosianos, y muchos de ellos (los que compusieron álbumes) fueron publicados por el Cabildo grancanario en 2001 con un estudio del investigador Stephen Miller, interesante no solo porque corrige y aclara no pocos errores aparecidos en publicaciones anteriores de los dibujos, sino porque permite contemplarlos como unidad secuencial, profundizando así en su interés biográfico.⁷

En 1862 el Gabinete Literario organizó una Exposición Provincial de Agricultura, Industria y Artes en que los Pérez Galdós pudieron lucirse, como enseguida veremos. Fue aquella una exposición importante. Aunque no era la primera que vivió la ciudad, sí que era la primera regional. La organizaron al alimón el Ayuntamiento de la ciudad y el Gabinete Literario, y se mantuvo abierta desde finales de abril hasta junio. A la vez que enfatizaba una fecha del pasado histórico local (la del 29 de abril, que era la de la incorporación de la isla a la corona de Castilla en 1483), la feria lanzaba una propuesta progresista, siguiendo el modelo de las grandes exposiciones europeas: se proponía —indica la memoria conservada— «celebrar y fomentar el progreso de la agricultura, la industria y las artes». Significaba, pues, una mirada de reconocimiento al pasado junto con una propuesta de futuro, cuando las Canarias eran consideradas casi colonias españolas y cuando los aires del romanticismo (con mucho de la visión del buen salvaje que propiciara Rousseau) habían despertado una visión crítica (diríamos hoy, «nacionalista») hacia el hecho histórico de la conquista de Canarias, que la prensa provincial difundía con éxito entre aquella sociedad.⁸

En esa exposición, Domingo y Manuela Pérez Galdós interpretaron música al piano, y Benito concursará en la muestra de pintura y dibujo que formaba parte de la programación.

El joven Galdós (dieciocho años, bien maduros) presentó un óleo titulado *La alquería* (que obtuvo premio) y dos dibujos: *La Magdalena* y *Boceto sobre un asunto de la historia de Gran Canaria*, que obtuvo una mención honorífica. El primero de los dibujos se ha perdido; el óleo y el segundo dibujo se conservan en la casa familiar del Monte Lentiscal.

Nos interesa el dibujo histórico. Se tituló *Boceto* y era un carboncillo muy detallista. El motivo no podía ser más oportuno: el momento de la entrega a la «autoridad» de las princesas guanches tras la rendición de los aborígenes. Lo explicita el dibujante a pie del cuadro, en forma de lema: «Historia de Gran Canaria. El capitán Pedro de Vera recomienda a don Francisco Mayorga y a su esposa la educación de las princesas canarias Guayarmina y Masequera después de la rendición de los isleños el 29 de abril de 1483».

Galdós había leído el pasaje aludido en la *Historia de la Gran Canaria*, recién publicada, de su maestro Millares Torres y, sin duda en su homenaje, repite gráficamente lo que el historiador respetado escribe en el capítulo IX de su libro bajo el título de «Rendición de la isla». Lo hace con minuciosidad y respetando los detalles históricos: la escena, los militares bien pertrechados, las señoras sonrientes, los indígenas con su atuendo de zaleas, las princesas con túnicas amplias y largas melenas, los curiosos en actitud más o menos displicente...; y añade un toque personal: un perrillo expectante en primer término. Todo parece expresar amabilidad. Nada despierta sentimiento de recelo.

Manifiesta el joven Galdós, con el lápiz de su *Boceto* gráfico, dos facetas fundamentales de su personalidad creativa: una, la que traduce al individuo de criterios arraigados que, enemigo de mostrarlos de manera estentórea, los traduce en un «Bueno» entre resignado y displicente, o los expone envueltos en materia artística, en palabra artística casi siempre; y otra, la del didáctico Galdós que, considerando ejemplar la significación de aquella escena histórica, la ofreció a sus paisanos como motivo de reflexión y para contribuir al proceso de la educación por la historia, por la cultura.

El primero de los álbumes de dibujos galdosianos conservado se titula *Gran Teatro de la Pescadería*, una colección atractiva que demuestra no solo su habilidad con el lápiz o la plumilla, sino la perspicacia de conseguir utilizarla como herramienta para la opinión. Fue compuesta en los últimos meses canarios de Galdós o los inmediatos, con el fin de contribuir a la polémica que había despertado en la ciudad el asunto de la ubicación de un nuevo teatro que sustituiría al deteriorado de Cairasco: ¿debería ubicarse en la plazuela del príncipe Alfonso (centro de la ciudad), o frente al mar, en Bocabarranco, junto a la llegada al mar del barranco de Guinguada?

El periódico ciudadano *El Ómnibus* animaba el tema día a día, desde sus inicios en 1860. El joven Benito escucha opiniones, observa, reflexiona, afina el lápiz, coge una cuartilla..., y la agudeza de su

personalidad plasma su parecer mediante el dibujo, creando un cuadernillo de setenta y dos páginas que manifiesta su parecer con acerada ironía y apuntes caricaturescos. ¿Qué podría suceder si se construyera ese «teatro marítimo» en Bocabarranco? Los dibujos dan la respuesta. Vistos en su totalidad, podrían tener una secuencia narrativa:⁹ los ciudadanos discuten, el Teatro Cairasco se duele de su preterición, se hacen proyectos... Por fin se construye el nuevo edificio a orillas del mar. Resulta tal teatro un modo de muelle, desde sus muros se pesca, se cargan y descargan barcos... Una función musical coincide con una tormenta: habrá que llegar a la sala nadando, con peces y tortugas en la cola de la compra de entradas, y las señoras necesitarán ser transportadas en brazos de *roncotes* robustos con el agua hasta la rodilla... Los ciudadanos que asisten a la función han de compartirla con Neptuno —que ocupa un palco—, y con un pez que asoma por la concha del apuntador..., los actores han de llevar flotadores de calabaza y se verán sorprendidos con diversos especímenes acuáticos que los interrumpen... La batuta del maestro Millares Torres sobresaldrá apenas del agua que anega a los músicos... Por fin, el temporal consigue que un barco irrumpa en el teatro y que este y su público acaben en el fondo del mar. Para escarnio público, el teatro acuático acabará colgado del techo de la iglesia de San Telmo, con el resto de los barquitos de la cofradía de mareantes. La opinión del irónico dibujante está clara. Sin embargo las ilustraciones del álbum no tienen —casi— apoyo léxico: solo los letreros («Despacho de billetes», «Hotel de los artistas»...), la palabra «Fin», que se enmarca en la vela de un barco/lira, y un poemita manuscrito por Galdós (ocho octosílabos asonantes)¹⁰ que se relaciona con el dibujo de la fachada del teatro «adornado» de langostas, estrellas de mar y pulpos gigantes. Los dibujos son imaginativos, pero están anclados a la realidad mediante apuntes reconocibles del espacio ciudadano y de personalidades determinadas. El *Gran Teatro de la Pescadería*, pues, constituye una crítica sociológica expresada de forma gráfica. Con ello el joven Pérez Galdós conecta con la tendencia a la caricatura militante del arte popular hispano y el empleo del dibujo y la plumilla como armas de políticas determinadas y como válvulas de escape ideológico. Conectará este primer álbum —lo veremos— con otros satírico-caricaturescos que Galdós dibujará cuando esté ya en Madrid. El conjunto de ellos mucho tiene relación evidente con la habilidad que demostrará el escritor para envolver en materia literaria el resultado de observar y estudiar a las personas, los conflictos y las situaciones de su tiempo, sin expresarlas directamente.

La opinión gráfica de *Gran Teatro de la Pescadería* no es la única que Galdós emitió sobre su rechazo al emplazamiento marítimo del nuevo teatro. Porque reafirmará su opinión mediante un poema satírico, *El teatro nuevo*, relacionado conceptualmente con la sátira del álbum gráfico. Componen el poema cuarenta y cuatro heptasílabos esdrújulos organizados en tres partes o estrofas que presentan (ahora directamente) una estructura narrativa. En él habla directamente el mismo «padre de las letras canarias», el poeta Cairasco de Figueroa (1538-1610), cuya efigie había protagonizado una de las láminas del álbum gráfico. En el poema, el espectro del poeta antiguo hace su aparición «en una noche lóbrega» para apostrofar a los ciudadanos: «Al ver la chata cúspide / del coliseo náutico». «¿Quién fue el patriota estúpido, / quién fue el patriota vándalo...?», ha de exclamar. Tal atentado cívico demanda un castigo: el autor «merece coronársele / con ruda y con espárragos / para que el tiempo próximo / en los anales clásicos / le aclame por cuadrúpedo / con eternal escándalo.» El poema debió circular manuscrito para regocijo local, pues añadía a la opinión satírica sobre la polémica social, el guiño burlón al estimado poeta Cairasco y sus característicos esdrújulos («de aquel cuyos volúmenes, / que algunos llaman fárragos, / contienen más esdrújulos / que gotas el Atlántico»), que fueron imitados por Viana, Lope de Vega, Góngora... El poema fue publicado por el *Heraldo de Las Palmas* tardíamente, el 20 de mayo de 1896.

También coqueteó con la arquitectura aquel joven Benito que de niño había construido la maqueta de una ciudad medieval que mostraba habilidad para las composiciones que entretejían dibujo y espacio. Según Berkowitz, preocupó a mamá Dolores que el hijo que ella destinaba a exitoso abogado quisiera dedicarse a la arquitectura como profesión. No sería ese su destino artístico; pero gustó siempre Galdós de realizar dibujos de contenido arquitectónico en sus álbumes juveniles. Así lo atestiguan muchos de los de *El Gran Teatro de la Pescadería*. Sin embargo, habrá de esperarse algunos años para que aparezca en dibujos concretos su interés y su habilidad por tal dimensión artística. Llegará la ocasión cuando planee la construcción de su casa de San Quintín y dirija el lápiz del arquitecto Pérez de la Riva para trazar el continente y el contenido de su vivienda futura, que resultará un castillete ecléctico que conjuga elementos medievales con la arquitectura montañesa que daba ya carácter de identidad a la región.

En adelante, la personalidad artística de Pérez Galdós contará con manifestaciones idiosincrásicas a través del pincel o el carboncillo,

mientras las actitudes personales irán dejando registrados sus perfiles. Pero ha de ser la literatura el arte por excelencia para Pérez Galdós.

Escribí —nos dijo Galdós— unos cuantos artículos en un periódico que se titulaba *El País*, y en otro cuyo título era *El Eco de...*, no recuerdo de qué.

Antón del Olmet-García Carraffa, pág. 25

Cuando Galdós confiesa a otro de sus entrevistadores, el Bachiller Corchuelo (pág. 47), que durante los primeros años en Madrid «no pensaba aún en escribir», se refiere a la dedicación profesional a la creación literaria, lo que, efectivamente, decidirá a partir de 1872.

Pero el joven Galdós, que pronto sería bachiller, inició en Las Palmas lo que será su carrera futura de escritor, aún sin pretensiones artísticas y solo como respuesta a la fuerza de la vocación artística que llevaba dentro. Son sus primeros pasos literarios, tanteos que coquetean con la poesía burlesca, el drama romántico, la crónica periodística y satírica, o el relato burlesco al modo clásico: y eso, lo «clásico» en su amplitud, es sedimento primordial galdosiano que asoma desde ahora, tempranamente, para nunca desaparecer.

...o vestigios de la imprentilla de mano en que él y sus amigotes habían tirado los números de *La Antorcha Escolar*.

Ángel Guerra

El periodismo, cuyos primeros frutos empezaba a conocer Las Palmas en los años finales del bachillerato de Galdós, ha de despertar la afición de los jóvenes inquietos que se forman en el San Agustín. Fruto temprano de ello será el embrión de periódico manuscrito titulado *La Antorcha Escolar* (no se conserva ningún ejemplar), que circuló por el colegio de mano en mano ofreciendo el trazo del lápiz y la pluma de Benito Pérez, el factótum de la iniciativa junto con Fernando León y otros colegiales, como hace constar treinta años más tarde el Galdós creador de aquel *alter ego* parcial que fue el protagonista de *Ángel Guerra*.

Al decir de los primeros biógrafos, en *La Antorcha Escolar* se regis-

traron las dos primeras muestras del humor satírico del muchacho desgarbado de las piernas largas, el callado y distante, pero de opiniones firmes, el reflexivo y con especial sentido de la ironía.

Una de ellas es la primera crónica musical que redacta con el propósito de ridiculizar las vehemencias excesivas de los seguidores de dos tipos (la Pelisari y la Cavaletti) que actuaban en la ciudad. La otra es un epigrama titulado *El pollo*, una precoz caricatura literaria vertida en graciosas redondillas que nació en las aulas del San Agustín para hacer mofa de un «estirado pimpollo» de la elegancia local. («¿Ves ese erguido embeleco / ese elegante sin par, / que lleva el dedo pulgar / en la manga del chaleco»)... Disgusto serio costaría al autor tal broma, pues la composición había de llegar al presunto retratado con el revuelo consiguiente y con la corrección severa para el atrevido «poeta», lo que no evitó que el responsable de la disciplina, divertido y admirado, la hiciera llegar a la prensa. Así, tras ser publicada en el periódico ciudadano *El Ómnibus* del 12 de abril de 1862, acabaría apareciendo en *El Comercio de Cádiz*.

El periodismo que mostrara la publicación escolar puede considerarse anecdótico en la trayectoria de Galdós; pero no así su presencia en las páginas de *El Ómnibus*, un periódico liberal fundado y dirigido por personas relacionadas con el colegio de San Agustín y con el que Galdós va a tener relación prolongada. Lo había puesto en marcha en 1855 el profesor Martínez de Escobar y su dirección la ocupó A. Millares Torres, entre 1857 y 1861, y José de León Bethencourt, a partir de ese año.

En esas páginas publicó Galdós un conjunto de diez secuencias dialogadas, aparecidas entre el 26 de febrero y el 15 de noviembre de 1862, con el título general de *Tertulias de El Ómnibus*.¹¹ Son textos de crítica social que el periodismo del día había acreditado (Larra, Mesonero...) y que Galdós circunscribe al marco cercano de los lectores de la ciudad de Las Palmas sirviéndose del humor cómplice que le es característico. Allí los dos tertuliantes principales, el criado Bartolo y el «yo» que encubre a su amo, son personajes de mundos muy diferentes que dialogan sin entenderse del todo y que acabarán por conciliar posturas e ideas. Como don Quijote y Sancho. El don Quijote que oculta el yo del amo es razonador, amigo de los consejos, petulante cuando pormenoriza leyes y decretos ante su criado, y bastante dado a la ironía. El Sancho Panza que oculta Bartolo es, como aquel, de lenguaje pintoresco, amante de los refranes y las consejas, cobarde, taimado... Es, también como aquel, una variedad del gracioso del Siglo de Oro.

Una frase de este ensayo debe ser subrayada, puesto que encierra el credo de Galdós realista: «Pues bien, mientras tienen lugar estas maravillas allá arriba, echad una mirada por el rabo del ojo y veréis lo que pasa en la tierra».

H.C. Berkowitz, 1936, pág. 13

De este modo llamaba la atención Berkowitz sobre la principal de las significaciones que asomaba en unas cuartillas del chico desgarbado del Colegio de San Agustín. Se titula *El Sol*, y fue el resultado de un trabajo de la clase de retórica.

El texto conservado consta de cuatro páginas. Allí, bajo la apariencia de ejercicio retórico destinado a cantar la salida y la puesta del astro rey, el despabilado estudiante Galdós deja asomar convicciones tempranas de poética literaria. Además de las pinceladas del realismo que señala Berkowitz, expresa este trabajo un alegato decidido contra el retoricismo y la pedantería literarias, apuntalado por la envoltura de un humor satírico algo extremado. Sobresale la burla hacia los trasnochados y nada originales poetas que cantan a ninfas, pastores y zagalejos de una «pastoril Arcadia», muerta ya pero aún viva «en las férvidas fantasías de nuestros modernos pedantes». En esa particular naturaleza inventada no faltan las notas locales que enfatizarían la vis cómica del texto ante los lectores u oyentes, pues se añaden al paisaje clásico, por ejemplo, las cabras que «despuntan los pimpollos recién abiertos», el «prosaico timple» que suple a dulzainas, rabeles y caramillos, o el patán isleño que guisa su potaje de jaramagos «*pa jincharse la panza antes de agarrá la asaa*, como dicen ellos».

El Sol es un trabajo escolar que merece ser recordado. Curiosamente, la modalidad literaria escogida por el joven Galdós para parte de este texto vuelve a ser (como en las *Tertulias*) el diálogo dramático que consigue marcar distancias entre las voces del autor y de los interlocutores, «el poeta» y «yo». El diálogo dramático es estrategia formal de la ironía máxima a la que el escritor maduro volverá esporádicamente y que su taller adoptará como preferente en los últimos años de su carrera de creador. Ahora, interrogaciones retóricas, léxico artificioso yseudorromántico, contrastes grotescos de registros de estilo, etc., muestran la habilidad del estudiante para volcar en texto lo

que observa y lo que oye; y es igualmente el ejemplo temprano de su preferencia por una prosa realista clara y sencilla.

No cantaré la cólera arrogante / del que hiciera
temblar con su rugido / los fuertes pedestales de
diamante / que mantienen al mundo suspendido.

La Emilianada, Canto primero

Ruiz de la Serna-Cruz Quintana, pág. 367

A punto de culminar su bachillerato, aún nos regala el joven Galdós una muestra más de su ya interesante formación, en un inconcluso poema épico-burlesco en octavas titulado *La Emilianada*, inspirado en el profesor del San Agustín don Emiliano Martínez de Escobar.

Determinados elementos declaran a priori el marco de parodia clásico/romántica del total de la composición. Primero, la dedicatoria a un profesor del colegio («A D. José Alzola y González: Mejor que yo, sabes tú, querido amigo, la historia asaz funesta de las grandes crisis populares que acaecieron en este pequeño reino...»), y el prólogo al lector («Amigo lector que has abandonado al célebre Dumas o al popularísimo Castelar, para fijar tus ojos en este libro guiado quizá por lo pomposo del título: *La Emilianada*, habrás dicho atónito y confuso “Parece cosa de ensalada; ¿qué animal es ese que tan misterioso se presenta?” Escúchame si quieres saberlo...»). Lo acompañan las autorizaciones imitadas: de «Hernando Lope de Pimentel, procurador de S.M. don Felipe tercero», del propio rey, y del inquisidor mayor.

La Emilianada es un divertimento atractivo. Del poema se conservan sesenta y ocho octavas reales, distribuidas en seis cantos y con una conclusión rematada con un «Se continuará». El conjunto de las octavas conservadas logran elevar a rango poético travesuras y escaramuzas estudiantiles envueltas en buen humor y, por cierto, ricas en elementos sobrenaturales: no es extraño, «Los cuentos de brujas y apariciones... me divertían. ¡Oh! Me gustaban mucho», confesará Galdós al Bachiller Corchuelo en la entrevista de madurez. Y abundarán en su obra, como veremos. La dedicatoria del texto está firmada el 16 de mayo de 1862.¹²